

meramente que lo que se ha dicho de la Virgen, que **de** tal suerte fué criada con motivo del Salvador, que sin **el** no hubiera existido jamás, no es de ningún modo en **de-** trimento suyo, atendiendo á que el mismo Verbo encarna- do no es menos estimado de nosotros por haber sido hecho únicamente con ocasion del pecado. Por mi parte estoy tan lejos de rebajar en nada por esta consideracion el apre- cio que debo de hacer de la santísima Virgen, que al con- trario tomo de ahí un motivo muy particular de honrarla, porque aprendo á mirarla como á una obra toda divina, que el mundo no hubiera merecido ver jamás, si no hu- biese sido conservada para un designio tan excelente.

XI. En segundo lugar se sigue, segun apunté ya en el tratado primero, que Jesus y Maria están de tal modo unidos entre sí, que no hay medio de separarlos ó de con- siderarlos el uno sin la otra. Jesus es concebido de Ma- ria, y Maria es concebida para Jesus. Jesus no quiere ser mas que por Maria, y Maria no puede ser mas que para Jesus. Quien dice Jesus, dice el hijo de Maria, y quien dice Maria, dice la madre de Jesus, madre elegida por ha- ber desechado él todas las hijas de Adan que estaban comprendidas en el primer designio de Dios. Jesus se pa- rece enteramente á Maria, y Maria es trazada naturalmen- te por la idea de Jesus. Tal es la doctrina del devoto abad de Bonaval Arnolfo de Chartres en el libro que compuso de las alabanzas de la Virgen. Así nadie se admire si de aquí adelante los ve ir juntos, porque lo restante de este tratado está destinado á representar las extraordinarias semejanzas que tienen entre sí, semejanzas tanto mas es- timables, cuanto que todas terminarán en nuestro bien.

PRIMERA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

CAPITULO II.

QUE ELLA SOLA TUVO EL PODER DE ATRAER A LA TIERRA EL VERBO DIVINO.

Comienzo las grandezas del poder de la madre de Dios por el que tuvo sobre Dios mismo, es decir, sobre el Verbo encarnado, porque despues que sea cono- cido, tendré mucho mas motivo para decir de ella que el ángel del patriarca Jacob, que si fué fuerte contra Dios, ¿cuánto mas prevalecerá contra los hombres ó mejor dicho contra todos los enemigos de los hom- bres? Debemos de esperar grandes sentimientos de dul- zura de este tratado, con tal que nuestros espiritus es- tén dispuestos á recibirlos, y este primer tratado nos dará la fruicion anticipada de ellos.

§. I.—Que sola la Virgen fué hallada digna de atraer del cielo al Verbo divino.

I. El profeta Isaias propuso un excelente problema en estos términos: ¿Quién levantó del Oriente al justo y le llamó para que le siguiera (1)? Algunos lo inter- pretan del patriarca Abraham y otros del rey Ciro; pero S. Gerónimo, S. Cirilo y Procopio de Gaza (2) lo en- tienden mas acertadamente del Salvador, á quien Je-

(1) Isai. XLI.

(2) Todos en la exposicion del capitulo citado de Isaias.

remías llama el Señor nuestro justo (1). El problema pareció tan difícil, que casi se tardaron novecientos años en responder á él, y entretanto el mundo esperaba esa alma justa tan querida del cielo, que envió á la tierra el Verbo divino con motivo de ella. Por fin despues de cuatro mil años de la creacion del mundo se halló una virgen llamada María, capaz de satisfacer á esta pregunta diciendo con el Eclesiástico: «Yo he obrado esta maravilla y he hecho que naciese en las tinieblas una luz indeficiente» (2).

II. No hay que buscar otra, dice S. Juan Damasceno (3), porque ella nos descubrió el abismo insondable de la buena voluntad de Dios. «Ella es, dice el eximio S. Agustin, la que habiéndose remontado sobre el cielo con un vuelo animoso atrajo á la tierra el Verbo divino, que reposaba en el principio en el seno de su eterno padre.» «Ella es, dice en otro lugar (4) hablando á Dios, la única, que mereció recibir y concebir juntamente á nuestro Verbo como su trono y casa real, segun te dignaste de enseñárnoslo por diversas figuras y oráculos emanados de la sagrada boca de tus patriarcas, profetas y apóstoles, á quienes creemos por amor tuyo y por la seguridad infalible que tenemos de no haber sido engañados jamás por ti.» «Ella es la única, dice el santo arzobispo de Ravena (5), que contiene á aquel á quien todo el mundo no puede contener.» «Ella es la única, dice S. Andrés de Candia (6), que sobre todas las reglas de la naturaleza fué escogida para renovar la naturaleza y servir al artifice del universo.» «Ella es la única, dice S. Ambrosio (7), para quien fué guardada la feliz nueva: así muy atinadamente es la

(1) Jerem., cap. XXIII.

(2) Eccli., cap. XXIV.

(3) Orat. de Assumpt.

(4) Orat. de Assumpt.

(5) Serm. 143.

(6) Serm. de Assumpt.

(7) In Luc.

única llamada llena de gracia, porque á ella sola estaba reservada la merced de recibir al autor de la gracia.» Esto es sin duda lo que quiso significar el nuncio celestial cuando le dijo: «Has hallado gracia delante del Señor. «Pero ¿qué gracia? dice el devoto S. Bernardo (1). La que ella deseó y nadie antes de ella pudo hallar; la que debe de facilitar la paz entre Dios y el hombre, destruir la muerte y reparar la vida.» «¿Qué gracia? dice S. Andrés de Candia (2). La que Sara no recibió, la que no se concedió á Rebeca, la que Raquel no conoció, la que Ana, madre de Samuel, no mereció jamás, ni su competidora Fenenna.» «¿Qué gracia? dice S. Pedro Crisólogo (3). Una gracia tan eminente, que el mismo ángel que trae la nueva, se admira al considerar que una mujer sola tenga valimiento para hallar la vida en su origen, ó que sea preciso que todos los hombres la encuentren por su medio.» «Pero ¿qué gracia? dice el mismo en otro lugar. La que llenó el cielo de gloria, hizo ver á Dios en la tierra, dió la fé á todas las naciones, causó la muerte á los vicios, ordenó nuestras vidas y restauró las buenas costumbres; la que fué cometida al ángel y enviada á la Virgen para la salud de todos los siglos.» «¿Os admirais, dice el docto obispo de Ostia (4), de que nadie sino esta santa alma haya podido atraer Dios á la tierra? Mirad por todas partes y ved dónde se hallará otra en quien podais fijar los ojos. Tal vez la buscareis entre los ángeles; pero ¡ay! no estuvieron exentos de desorden y perfidia. Si registrais las constelaciones y estrellas del cielo; las unas caen de su puesto, otras se eclipsan, otras se tiñen de sangre. Bajad á la esfera

(1) Hom. 3. in Missus.

(2) Hom. in Annunt.

(3) Serm. 2 in Annunt.

(4) Serm. 3 in Annunt.

dél fuego, á la region del aire y de los vientos: si hemos de creer al que fué arrebatado en un carro de fuego, el Señor no está en el fuego, ni entre las borrascas y torbellinos. Descended hasta lo profundo de las aguas, y hallareis que esa es la guarida de Leviatan, enemigo capital de Dios. ¿Qué diré de la tierra que habitamos, sino que está toda sembrada de espinas y cambrones á consecuencia de su maldicion primera? Por aqui es fácil de ver que ni en el cielo, ni en la tierra no podia Dios encontrar ninguna morada mas agradable para él que el seno de la castísima Virgen.» Así discurre el santo cardenal.

Diversos epitetos dados á la Virgen.

III. Los santos á porfia la colman de epitetos honrosos y nos pintan bajo de hermosos emblemas la grandeza de esta empresa. S. Fulgencio la llama la ventana del cielo, por donde Dios hizo pasar la luz que debia de alumbrar á todas las naciones, y la escala mistica que unió el cielo y la tierra y sirvió para que bajase Dios hasta nosotros y subiesen los hombres al cielo. S. Epifanio dice (1) que es el cebo del anzuelo espiritual, donde Dios fué preso y atraido á la tierra. Jorge de Nicomedia la compara (2) á la tenaza de que se habla en el capítulo VI de Isaias, y dice que trajo del altar del cielo el carbon encendido de la divinidad. El abad Ruperto la llama la puerta mayor del cielo (3), por donde Dios hizo bajar el maná al desierto de este mundo, porque los otros santos, que fueron como los portillos, concibieron en sus bocas tan solamente la palabra de salvacion; pero la Virgen santísima de tal suerte fué llena

(1) Serm. de S. Deipara. (3) Lib. 3 de divin. offic. in.
 (2) Orat. de oblat. Deipara. vigil. Nativ.

de gracia, que recibió visiblemente en su seno la palabra eterna del Padre por obra del Espíritu Santo. Dice que esto es representado por lo que se lee en el capítulo XI de los Números, donde se cuenta que con el rocío del cielo bajó igualmente el maná, es decir, el Verbo divino por la mediacion del Espíritu Santo. El ángel que hablaba á santa Brigida, compara á la misma Virgen con la nave cargada que trae de países lejanos las piedras preciosas y las mercaderias exquisitas de Levante con sumo cuidado é industria del capitán. En otro lugar dice que la misma señora se parece al humo de una lámpara alimentada con bálsamo y perfume, el que va á unirse á la llama que está hácia arriba, mientras que por una inclinacion natural la llama se deja atraer insensiblemente para vivir en medio de aquellos preciosos olores. La misma madre de Dios discurrendo un dia con santa Brigida le decia (1) que la infinita bondad de Dios la habia preparado y embalsamado lo mismo que una colmena para aposentar á la abeja que bajaba del cielo y ser llena de la miel de su gracia y de los admirables efectos del Espíritu Santo. Crisippo, presbitero de Jerusalem, la llama lugar de descanso, á donde el rey David convidaba al príncipe del cielo cuando decia: Levántate, Señor, y ven al lugar de tu descanso, tú y el arca de tu santificacion. S. Epifanio afirma (2) que ella fué la verdadera nube que trajo á la tierra el trueno y el rayo del cielo y al mismo tiempo la lluvia deseada y esperada de todas las naciones del mundo. El emperador Mateo Cantacuzeno la toma por el monte de la mirra y el collado del incienso, á donde el esposo celestial gustaba tanto de concurrir para gozar de aquellos divinos olores.

IV. Todos van á porfia, repito, sobre quién dirá

(1) Revelat. l. 6, c. 12. (2) Orat. de laudib. Mariæ.

mas maravillas de la Virgen; pero nada iguala á los dulces sentimientos que tienen de lo obligados que estamos todos á esta incomparable señora, siendo certísimo que todas las lenguas criadas no pueden explicar, ni todos los corazones del mundo saborear la dulzura oculta bajo el suave nombre de Emmanuel, que quiere decir Dios con nosotros; porque así como con él poseemos todo bien, de la misma manera sin él estamos privados de todas las cosas. Bendigante pues por siempre, Virgen santísima, los que gozan de los beneficios que él les trajo del cielo, y dispónganse por este reconocimiento á recibir otros nuevos todos los dias.

§. II.—El deseo ardiente de la Encarnacion, primera calidad con que la Virgen santísima atrajo al Verbo divino.

I. Los filósofos se atormentan sobremanera para indagar ciertas calidades ocultas, cuyos efectos prodigiosos ven en la naturaleza sin descubrir sus causas. El imán atrae al hierro; el ámbar hace subir la paja; el sol hace girar á la caléndula; la luna agita el mar; la aguja marina sigue á la estrella polar, la raiz aproximada roba el fuego; el oro se lleva al mercurio: esto se ve claramente; pero cuando hay que buscar la razon, la ciencia enmudece. Esto no obstante tenemos el atrevimiento de querer examinar las calidades ocultas con que la Virgen santísima hizo bajar del cielo al hijo de Dios. Nunca me arriesgaría yo á esto, si no tornara en honor del uno y de la otra, y si la sagrada escritura y los santos padres no nos mostraran el camino y nos convidaran á seguirle; pero ya que lo hacen, soy gustoso de que indaguemos algunas con todo respeto y humildad.

II. S. Bernardo en un sermón de la natividad de la

Virgen despues de hacer observar que del corazón del Padre salia abeterno una fuente de vida, que no es otra cosa que su Verbo, verdadero manantial de vida con que son regadas todas las plantas del paraíso, añade que nuestra tierra afligida de una extrema y muy antigua sequía aguardaba esta fuente; pero que por falta de canal permanecía siempre sedienta, hasta que se halló uno proporcionado, que fué la virgen María, la cual sola llegando hasta el seno de Dios hizo caer sobre nosotros en abundancia las aguas de las bendiciones del cielo. «Por tres conductos, dice, nos comunicó las dulzuras de este maravilloso manantial: el primero fué la vehemencia de su deseo, el fervor de su devoción y lo acendrado de su oración: porque si es verdad que la oración del justo penetra los cielos (1), ¿qué no alcanzaria la oración de la criatura mas inocente? ¿Qué podria negarse á la que estando ya llena de gracias creia no poseer nada mientras los otros carecian de ellas? Poder inexplicable de la oración de la Virgen santísima, quién estando animada del deseo de nuestro bien no podia ser mal despachada de Dios. Con efecto lo que los antiguos padres habian pedido por espacio de cuatro mil años y mas con tantas lágrimas y suspiros, ella lo alcanzó en muy poco tiempo, y los deseos solos de su corazón tuvieron mas eficacia para con Dios que los ayunos y los sollozos de tantos patriarcas, profetas y justos. Esto fué manifestado un dia á santa Matilde en la misa, durante la cual se le hizo tambien un singularísimo presente del cielo, porque le fué dado el corazón de la inmaculada madre de Dios como el mas santo y el mas provechoso al mundo que hubo nunca despues del de su divino hijo, y se le mostró cómo nos habia sido útil de mil maneras, y especialmente por los

(1) Eccli., XXXV.

fervientes deseos que tuvo de la sagrada humanidad del Salvador, por el cordial amor que la hizo madre de Dios, por la incomparable ternura con que crió y educó al niño Jesús, por el cuidado diligente que puso en guardar todas las palabras que salían de aquella divina boca, por la admirable firmeza que manifestó en medio de los más atroces tormentos de su hijo, por el zelo extraordinario que ostentó en la propagación de la iglesia, y por la influencia continua que tiene sobre nuestras voluntades para inflamarlas en el deseo de agradar á su soberana majestad.

III. ¡Oh quién pudiera concebir los divinos impulsos que salían de aquel santo pecho para derramarse ante el acatamiento de la beatísima Trinidad! ¡De qué dulzura se sentiría inundado! Porque no hay duda que María esperaba la salud de Dios con más vivos afectos que el patriarca Jacob y desearía el tiempo de nuestra reconciliación con más ansia que los antiguos profetas. ¡Cómo pedía con Isaías que el Señor derivase sobre ella como un río de paz (1), y con David que derramando el Señor sus más benéficas influencias produjese nuestra tierra el fruto deseado! ¡Qué instancias hacía á Dios para tener el celestial rocío y la lluvia deseada del justo que había de fertilizar la tierra y dar al mundo un Salvador! ¡Qué suspiros enviaba al cielo para ver pronto encontrarse la misericordia y la verdad y abrazarse la paz y la justicia! «Es verdad, dice S. Gregorio de Neocesarea (2), que algunos patriarcas y profetas antiguos desearon ver á aquel por quien suspiraba la virgen María, y algunos le vieron entre las figuras de la ley: los otros oyeron su voz desde la nube que le ocultaba á sus ojos: no faltó alguno que mereció conversar con los ángeles; pero así como la Virgen fué singular en sus deseos,

(1) Isai. LXVI.

(2) Serm. 1 de Annuntiat.

también lo fué en gozar de la gran felicidad que esperaba. Me vería yo apurado para resolver cuál habló mejor sobre este punto si S. Bernardino de Sena ó el ángel que conversaba con santa Brígida. Parece que el primero anda atinado cuando compara (1) el inflamado corazón de la Virgen al centro de un espejo ustorio donde se reúnen los rayos del sol, de suerte que no es extraño que me lo que se le pone delante: pues menos extraño es, dice el santo, ver deshacerse en llamas de fuego el bendito corazón de la Virgen, en donde terminaban como en su centro todos los deseos de los patriarcas y profetas. El segundo creo que no se queda atrás, cuando representa los deseos y diligencias de ese mismo corazón bajo la figura de la vehemente pasión que atormentaba á la reina de Sabá, la cual habiendo oído hablar bien de Salomón no pensaba día y noche en otra cosa que en verle, oírle, considerar sus palabras y saber todo lo que pasaba en su corte.

IV. Para mí no hay nada igual al insaciable deseo de la esposa de los Cantares, como que es el Espíritu Santo el que habla y con las palabras humanas nos manifiesta los divinos impulsos de la sacratísima Virgen, la cual con los más bellos sentimientos de su corazón llama á su esposo celestial y esposo también de todas las almas justas. ¿Quién no se enternecería oyéndola hablar de su amado y considerando las alabanzas que le da? Unas veces le pinta desde la cabeza á los pies; otras le dice que todos los espíritus rectos están prendados de su amor; pero el suyo más que todos: aquí le insta para que la lleve tras sí y le asegura que será seguida al punto de una muchedumbre de almas santas alistadas en su servicio; allí pide le diga dónde está, para que pueda ella encontrarle

(1) Tom. 2, serm. 51, art. 1, c. 3.

á toda costa. Al poco tiempo se corrige y se acusa de su poco respeto; pero al fin triunfa el cariño y dice que no sabe qué hacer y que no es ya suya, desde que él le robó el corazón y le dió entrada en la bodega de sus vinos generosos. Conjura á todos los espíritus bienaventurados que tengan á bien mostrarle su amado, sin el cual no puede vivir; y sobre esto hace muchas protestas de que si una vez llega á tenerle, no le soltará jamás. A veces sus deseos le causan tal desfallecimiento, que si no se acudiera pronto con las medicinas, perecería en brazos de los que la asisten. Todos sus deseos y todas sus diligencias se enderezan á buscar á aquel por quien suspira, platicar con él á solas y recibir de su sagrada boca el divino ósculo de la encarnación y las arras infalibles del matrimonio futuro. ¡Oh amor maravilloso! exclama S. Bernardo (1). ¡Oh amor todo de fuego! ¡Oh raros impulsos! ¡Oh amor, que de tal suerte embargas el alma, que no puede pensar en otra cosa que en tí! ¡Oh amor, que lo desprecias todo sino á ti mismo, que de ti solo estás contento, que no sabes guardar ningún orden, que no puedes vivir mas que á tu modo, que no quieres tener ni medida, ni discreción, ni recato, ni buen parecer! Tú triunfas de ti mismo y te gozas en tu servidumbre. Considerad á esa amante y ved cómo no piensa mas que en lo que ama, cómo no tiene lengua, ni razón, ni entendimiento sino para él, cómo no vive, ni respira sino por él.» Estas palabras del santo doctor manifiestan las ansias de la Virgen sin par que se muere de deseo, que no puede ver la hora de que se cumplan las promesas del cielo y de que tengamos un Dios entre nosotros, y que contribuye por sí sola á hacerle adelantar su venida mas que todos los espíritus criados juntos.

(1) Serm. 79 in Cant.

§. III.—La virginidad, segunda calidad con que la Virgen santísima atrajo al Verbo divino.

I. Ya hice ver en el capítulo V del tratado primero qué virtud tuvo la virginidad de María santísima para captarse la gracia del Espíritu Santo. Ahora se trata del divino esposo, á quien la casta esposa dirige estas palabras de los Cantares: Mi amado para mí y yo para él. Digo mi amado que se recrea entre las azucenas, hasta tanto que venga el día y se disipen las tinieblas, es decir según la interpretación del emperador Mateo Cantacuzeno, hasta que se manifieste á los hombres tomando su carne, porque este es propiamente el día deseado. En tanto pues que el mundo esperaba ese día dichoso, el esposo celestial buscaba el campo de azucenas para recrearse; pero en vano, porque aquella tierra antigua casi no las producía. Solamente sobre el monte Sion en el lugar mas santo del universo, llamado con este motivo el santo de los santos, habia una azucena de incomparable hermosura, capaz de multiplicarse á millares y de formar un jardín entero, como en realidad sucedió, porque habiéndola columbrado el rey del cielo no pudo menos de trasladarse allá para verla de cerca, contemplarla y olerla. En cuanto la vió, la cogió y la trasladó á un terreno mejor con tanto acierto, que al punto comenzó á brotar en abundancia para poblar todos los cuadros del jardín de la iglesia. Desde entonces se vieron llenos de azucenas los collados y los valles: desde entonces los espíritus bienaventurados tuvieron indecible contento con los hombres: desde entonces trataron con ellos como con sus compañeros y hermanos: desde entonces se prendaron del amor de la virginidad despues que la vieron consagrada en la persona del Verbo encarnado y de su venerada madre.

II. No me adelantaria yo á poner la virginidad en el número de las mas excelentes virtudes de María santísima.